círculos mas pequeños llamados *guardainfantes jansenistas*, servicio que hizo esta secta al buen sentido despues de la destruccion de Port-Royal. Las comisiones de comerciantes franceses fueron tan considerables, que se estableció á costa de Francia en la Frisia Oriental una nueva compañía para la pesca de la ballena. Entre los caprichos humanos debe hacerse notar que este incómodo adorno, cuya moda duró setenta años y que algunos desean aun como el tipo de la decencia y de la majestad, fué condenado en su principio por los moralistas en sus escritos y por los predicadores en sus sermones como protector del libertinaje y artificio inventado para ocultar sus consecuencias. No he podido descubrir cuándo cesó precisamente el uso de las mascarillas de terciopelo que se ponian las mujeres al salir de casa. Esta costumbre, procedente de Italia, podia ayudar al pudor, encubrir una galanteria ó conservar la finura del cútis. Continuó su uso en tiempo de la Regencia (1), aunque la actividad y la franqueza que entónces adquirieron las mujeres, hicieron que las disgustase muy pronto la mascarilla. En provincias las señoras nobles no podian prescindir de ella cuando iban á caballo. La última que llevó habitualmente la máscara fué madama Poter, bella Holandesa, que hizo gran impresion en la corte de Francia á la conclusion del reinado de Luis XV: Hoy esta costumbre está solo admitida en las carreras de trineos en los países septentrionales. Con respecto á los vestidos de los niños, solo citaré un ejemplo auténtico: Luis XV tenia siete años cuando le quitaron los andadores, once años y cinco meses cuando le quitaron el jubon de ballenas; pero se libró de la voluminosa peluca, como hizo observar el mariscal de Villars al embajador otomano. La nueva vida de las mujeres produjo una invencion que puede considerarse casi como el emblema de toda la Regencia. Usando una palabra nueva, necesaria para expresar una cosa nueva, se llamó *negligé* el estado en que una mujer se atrevió á dejarse ver en aquella especie de desórden que tolera la libertad del tocador. El arte y la gracia usaron todos sus recursos para adornar esta indecencia, y aquí resultó una agradable confusion de refinamiento y de negligencia, de lujo y de sencillez. Las señoras de la mas elevada categoría fueron las primeras que usaron de esta libertad, ostentándola en público para probar mejor su independencia de las consideraciones vulgares (2). Esta emancipacion fué adoptada en breve por todas las personas educadas; y aunque aparentemente frívola tuvo grandes consecuencias. Miéntras las modas consistian en cosas de gran valor, solo agitaban á los ricos, y sus cambios se efectuaban con bastante lentitud. Cuando Dubois fué á Lóndres á tratar de la cuádruple alianza, llevó, para distribuirlos entre las damas de la corte del rey Jorge, vestidos *á la Adriana*, con las vueltas de brocado de oro. Esta moda hacia catorce años que se llevaba, y provenia de la actriz que habia representado por primera vez la comedia de aquel nombre. Pero cuando el *negligé* fué un vestido de convencion, fué necesario fabricar y renovar continuamente telas ligeras y tejidos fantásticos. El vestido de las mujeres del pueblo se sujetó á la moda, con gran perjuicio de las costumbres, y el comercio frances no pudo seguir aquel rápido movimiento. Colbert habia dirigido los primeres pasos de las fábricas con sabios y minuciosos reglamentos, y las reglas del comercio siguieron por el camino que aquel les habia trazado. No se comprendió que á un nuevo órden de cosas eran nécesarias nuevas leyes, y que los lazos protectores de las manufacturas en su infancia las sofocaban en su madurez. Solamente los países libres pudieron satisfacer todos los caprichos de un lujo nuevo y extraño, y hacerse con manufacturas tanto mas lucrativas cuanto que sus productos eran de muy poca duracion. La Suiza, la Holanda, la Inglaterra, gracias á los errores de Francia, adquirieron una prosperidad inaudita y una industria inagotable, siendo los Franceses absurdos tributarios de ella. No sin asombro se vieron pueblos flemáticos y países nebulosos exportar aquellas superfluidades cuya necesidad habia creado la frivolidad de las mujeres francesas durante la Regencia, y cuya especie debia variar continuamente, segun los impulsos, una imaginacion viva y un gusto delicado. Venecia, república conservadora y pedante, conoció demasiado tarde que debia romper en parte el yugo que la impedia participar de aquel móvil tráfico. En cuanto á Francia, se sabe que solo la violencia pudo librarla de sus ligaduras.

LEMONTEY, *Hist. de la Regence.*

(1) « Las señoras mas ilustres llevan detras de sí largas colas barriendo las iglesias y jardines. Tienen el privilegio de enmascararse en todo tiempo, de ocultarse ó dejarse ver á su capricho; algunas veces entran en la iglesia con máscaras de terciopelo negro, como si fuesen á un festin ó á la comedia. » *Biblioteca de cortesanos.*

Tambien en Lóndres iban al teatro enmascaradas, pero eran mujeres del mundo.

(2) La cabeza desnuda, el corsé abierto, zapatillas en los piés, y vestido de aquella tela finísima de la India, que sirve de papel en los manuscritos orientales, fueron las condiciones de un *negligé* de la Regencia. Un escritor contemporáneo calculaba en doce onzas el peso de todo el vestido de una mujer. Esto nos recuerda el capricho que posteriormente hizo usar á los Franceses los graciosos ropajes de la estatuaria griega. Si con su atrevida elegancia el traje de 1800 excitaba el deseo, puede decirse que el *negligé* de 1720 con su desórden demostraba haberlo satisfecho con exceso.

(B) pág. 37.

LOS CORSOS.

«..... Siendo toda su vida desde niños un ejercicio de paciencia, de sobriedad, de prudencia y de agilidad, era un ejercicio de guerra. Aquella gamuza que ocupa un término medio entre el cabrito, la oveja y el ciervo, animal hermoso á la vista, ágil y de hermosa piel, que nace entre la nieve, salta de roca en roca y cae desde percipicios altísimos sin hacerse daño, me parece una imágen viva del Corso, á cuyo cuerpo da vigor el frio de las vientos alternado con el calor del clima, conteniendo y desarrollando alternativamente las fuerzas vitales, con tránsitos tan repentinos que en ciertos puntos el intervalo de una pared hace variar el termómetro diez ó mas grados, y que en mitad de diciembre el hombre puede decir que la primavera no está muy lejana. Muy pocos son deformes; su vida es larga porque es sobria; se curan sus enfermedades con simples conocidos por su uso tradicional. Seis castaños, seis cabras y el agua de la fuente vecina constituyen para ellos una riqueza suficiente. Se visten de tosco paño, tejido por sus mujeres, de pelo negro de cabra para economizar el tinte, tosco como el hábito de un capuchino. Jaussin se lamenta de que estén mal peinados y de que en la montaña no lleven peluca. Pero no todo se puede tener. Hospitalarios en su pobreza, ingeniosos en su sencillez, pacientes en el valor, con aquella resignacion que ennoblece el alma, cuando han dicho *paciencia*, sufren sin pronunciar una palabra cualquier tormento por duro que sea. Combatientes de dos mil años, acostumbrados á una libertad fatigosa, desde mucho tiempo escribian sus hechos lo que Paoli en el papel: *Con libertad todo se puede sufrir y á todo se puede hallar remedio.* No sin motivo imaginaron los Griegos que un legislador de Esparta habia civilizado la Córcega. No pudiendo hacer otra cosa reñian á puñetazos, cualquiera diria que para adiestrarse, pero un Corso dice que para desfogarse. De aquí se deduce, pues, que el prohibir Génova á los Corsos el servicio militar, era no solo una ofensa á su orgullo, sino una violencia á su naturaleza. Para la guerra ejercitaban la vista, el pié, el

oído, el pulso, el alma; de modo que en cuatro meses de ejercicio componian un ejército regular, formado de mejores soldados que los Franceses en un año de penosa enseñanza. Usaban con igual alegría, sino con igual bravura, el fusil y el violin: en 1763 se vió á cincuenta jóvenes que acompañaban á su general por valles y por montes con carabinas y pistolas é instrumentos músicos colgados del cuello. Marchaban serenos al peligro, ya que no le desafiasen temerariamente. No era su valor un *valor de temperamento*, segun la bella expresion de Paoli, es decir, un valor que embriaga y que no puede dominarse á sí mismo. Dóciles á su jefe, perseverantes en las pruebas, poco cuidadosos del botin, meditaban sus sorpresas: se entendian con el ronco sonido del cuerno, con hogueras encendidas en las alturas. En la guerra de los montes podian ser sus discípulos Federico y Eugenio. Armados de fusil, pistolas, cuchillo y puñal, llevando en la cíntura pólvora y balas, porque la comodidad de un bagaje ligero es privilegio de los pobres, subian ágiles por los derrumbaderos, por entre un diluvio de balas, y no disparaban sino cuando estaban á tiro. Bajan como un torrente imprevisto á un valle, resguardan las espaldas con los árboles y las murallas; tiran sin ser vistos desde la espesura de un bosque, y los anuncian, casi ántes que la detonacion de sus fusiles, los gemidos del enemigo herido. Se acercaban amenazadores en el silencio, y despues gritaban furiosos *¡Patria y Libertad!* Los Franceses llamaban traiciones á estas sorpresas; como si no fuese una costumbre de guerra muy antigua, y de paz tambien en Francia el tomar cada uno la ventaja; como si los Corsos hubieran debido presentarse en su casa inermes á sus huéspedes armados para dejarse degollar ó esclavizar. Quizá vencian solo porque hacian esta guerra que consistia en atacar por sorpresa, en huir á los montes, y volver despues sin una pérdida, en apoderarse de las municiones, en desjarretar las mulas, en hacer pasar hambres y fatigas al enemigo. Sorprendidos se defendian y se libraban en ocasiones; en otras rechazados volvian diez veces á la carga. Valerosos en la defensa de un puesto, salian como resucitando de las ruinas humeantes. Peleaban con hondas, con piedras, con colmenas de abejas, con perros enseñados á atacar.

Si esta os parece una guerra inhumana, considerad tambien que el incitar al hombre contra el hombre, incitarle, no por afecto de fidelidad, sino por un sueldo vil, contaminar un alma con un ódio pagado, y servirse de él para un uso mas que bestial, es una cosa mucho mas criminal á los ojos de Dios y de la razon. El amo puede contener con una señal la furia del perro; pero el capitan no puede cubrir con su voz el estruendo de la terrible pelea, apagar los incendios, refrenar la rapiña, contener las pasiones violentas, que dominan á los hombres viles en monstruosa union. En suma, mejor es ser perro que soldado. Considerad ademas que los pobres Corsos tenian pocas fuerzas, pocas municiones; que carecian de almacenes, de caballos, de espadas, de fusiles de guerra; la mayor parte eran escopetas de caza sin bayonetas, y aun no los sabian manejar bien, lo mismo que los cañones. En cuanto á cañones, solo tenian los que habia llevado el rey Teodoro, los que habian sacado de la mar, y los que habian comprado á los Judíos en cambio de coral. No es esta la única vez que los adornos de la belleza se han cambiado por los instrumentos de la muerte. Como tenian muy pocas municiones, Paoli les aconsejaba que no tirasen sino á golpe seguro, al contrario de lo que hacía Napoleon, tan pródigo de bombas, de vidas de hombres y de *tedéum;* conformándose quizá en esto como en otras muchas cosas con el genio de los Franceses que no saben combatir sin artillería, ó mas bien obedeciendo al instinto que habia hecho del cañon el juguete de sus primeros años. El valor de los Corsos era impotente en las tierras fortificadas, por falta de táctica: sin embargo, habian tomado muchas torres, y les era mucho mejor el destruirlas en el acto, porque mayor que la ventaja de haberlas tomado, era la incomodidad de guardarlas. Las mismas plazas se hubieran perdido, si la guerra se hubiese hecho con iguales medios por ambas partes. Si no hubiera sido por Francia, Paoli habria vencido; si no hubiera sido por Francia, Washington y Miauli hubieran sido vencidos. Lafayette y Rigny pagan por Choiseul, mediador desvergonzado, y por el verdugo Sionville.

En 1739 Córcega armó veinte mil hombres, contándose en este número todos los que podian combatir, desde los niños de diez años hasta los viejos de mas de setenta; en tiempo de Paoli treinta mil, y en el último esfuerzo cuarenta mil, pero dispersos. Los alumnos de la universidad estaban tambien armados. No pocos Corsos de Italia corrian al peligro como á un premio; así como en 1821 al primer rumor de guerra, cuya llamada fueron las campanas de la Anunciacion de María, los Griegos acudieron de todas partes de Europa á las agapas sangrientas. Acudieron los Griegos, pero no Hugo Fóscolo, que con el nombre de Nicolas habia repudiado la nobleza de la ciudadanía griega, haciéndose hombre del Norte y caballero, enviando en su lugar á cantar y á morir á Jorge Byron. Entre los que combatian por Córcega habia Griegos y tambien Vascos, Suizos y Grisones; algunos Italianos y algunos Ingleses fueron á verlos. Habian tomado á sueldo quinientos Prusianos, considerando á Prusia como una nacion de gran valor, y cuyo rey amaba á los Corsos; destinando trescientos de ellos á la guardia de las ciudades, y doscientos á las torres y á las nueve provincias. La guardia no estaba destinada propiamente á Paoli (ántes bien se decia que él no la queria), sino al supremo consejo y á la municipalidad; porque él como ya hemos dicho estaba defendido por sus perros, que entendian el corso. Si los Prusianos hubiesen entendido el italiano cuando Antonio Gentili mandó que no dejáran pasar á los que huían al principio de la batalla, pero que no impidiesen la salvacion al fin, los Prusianos no hubiesen hecho uso de sus armas en Pontenuevo contra infelices patriotas, ni hubiesen causado en ellos tanto estrago. Si hubo error ó traicion, se ignora; pero el entender mal no causa ménos males que una traicion, y los Italianos lo saben muy bien.

La verdadera fuerza de la Córcega estaba en los Corsos. En 1768 cuantos podian llevar armas, desde la edad de diez y ocho á sesenta años, divididos en tres legiones, iban cada uno á su vez por quince dias adonde les llamaba la guerra, exceptuando las guardias del territorio, los enfermos, el pastor único del rebaño y los molineros. Se elegian los de la provincia que estaba amenazada, ó los que habitaban cerca de ella, para no incomodar tanto á los que vivian léjos y á los que debian darles alojamiento, y porque era justo que cada uno, pudiendo, se ayudase primero á sí mismo. De esta manera se esforzaban todos en conservar el honor de su territorio, y los antiguos odios se convertian en una emulacion provechosa á la patria. Con este fin trataba Paoli de que cada batallon se compusiese de personas que tuvieran relaciones de parentesco, práctica no desconocida de los Griegos antiguos y de los Germanos, siempre cuidadosos de hacer mas poderosos los afectos públicos con los privados. El Comun debia responder de los desertores (que tambien entónces habia algunos), y llenar el vacío que dejasen; así se evitaba la negligencia de las autoridades, y la compasion desleal y culpable. Paoli, sin embargo, no ponia su atencion principalmente en el número, sino en la calidad de la gente armada; ántes bien se alegraba de librarse de hombres de poca confianza. Estos batallones, segun el distrito á que pertenecian, eran mas ó ménos firmes en el combate. Tales como son, *cada hombre*, decia Paoli, *es un regimiento;* palabras que elogian y censuran, que pin-

tan y juzgan, no solo la guerra de Córcega, sino la historia de la edad média de Italia, que casi toda consiste en aquel desproporcionado desarrollo del individuo á costa de la ciudad y de la nacion, de donde provinieron tantas grandezas y tantos ultrajes, tantas humillaciones y tantas venganzas.

Hacian la guerra por mucho tiempo sin sueldo, como los primeros Romanos; pero con mayor mérito aun, porque no estaban en tierra enemiga que pudiesen saquear. Llevaban ordinariamente consigo pan de cebada, y un poco de queso ó unas castañas; estando mas contentos cuando tenian pólvora ó balas en abundancia que cuando tenian carne ó vino. Su patrimonio eran las armas y las municiones, y con razon podia atribuirse á ellos aquel verso de los Cleftas : *Comen pólvora como pan y balas como viandas;* pero tambien los Cleftas tenian de cuando en cuando las ricas casas de los Turcos ó de los Griegos sometidos para hartarse y enriquecerse con el botin; por lo tanto los montañeses de Paoli eran mas inocentes y mas fuertes que los Franceses, que los Romanos y que los Griegos. Estos eran los que los Franceses en 1739 llamaban *asesinos*, porque tuvieron el valor *de acordarse de que eran hombres*. Su orgullo y su esperanza suprema consistia en mantener libres de la dominacion extranjera aquellas rocas erguidas, aquella pobre tierra fecundada mas bien con la sangre que con el sudor de los hombres. Atravesaban por medio de las balas para llevar á la sepultura de sus abuelos un cuerpo querido, á quien habia arrebatado la vida el plomo enemigo; padecian por poder padecer libremente; morian por vivir ignorantes. Con razon los llamaba el canónigo Germanes *nacion obstinada*, y Janssin *desesperada;* pero mejor que todos se expresó Voltaire al decir que *el amor patrio, afecto natural, era para ellos un deber sagrado, un furor...*

El ministerio militar era, pues, gratuito en Córcega; y decimos ministerio porque no nos atrevemos á decir servicio. Posteriormente cada familia dió para el soldado un pan que se vendia á los pastores; imponiéndose á estos la tasa llamada del pan. En 1761 se principió á pagar á algunos; despues se formaron ya dos regimientos pagados, de cuatrocientos hombres cada uno, uniformados, con severa disciplina y enseñados por Prusianos y Suizos. Un solo galon distinguia al oficial del simple soldado. Militaban un año y pasaban dos en su casa; pero estaban prontos á cualquier señal. En 1768 se aumentó mucho el número de soldados asalariados. Los que guarnecian las torres, cobraban un estipendio anual; los demas solo tenian paga el tiempo que duraba la expedicion; sin embargo, eran aun muchos los que servian gratuitamente. El país les proporcionaba vituallas, y les acogia como á compañeros; era un ultraje el dar gracias por la hospitalidad. Las familias que por la invasion del enemigo tenian que abandonar sus campos ó sus moradas, encontraban en otra parte una buena acogida; las que perdian al jefe de la familia, estaban libres de todo tributo por espacio de diez años. La sangre derramada daba mayor derecho á la estimacion de Paoli que á la de Bonaparte, á quien el cúmulo de sus ocupaciones hacia olvidadizo del bien recibido, y por consiguiente ingrato. Un pobre hombre á quien, no el general, sino los suyos negaban audiencia, les dijo : *Esta silla está teñida con mi sangre.* Del mismo modo decia una mujer : *Dejadme pasar, he perdido tres hijos.* ¿Cómo hubiera podido Paoli soñar en adquirir nunca el título real sobre semejantes hombres, que casi todos tenian al sol un palmo de terreno comprado y vuelto á comprar con la sangre de muchas generaciones?

Mas nobles palabras salieron de los labios de otra madre, que no dejándola pasar los guardias á ver al general que estaba ocupado, consiguió al fin presentarse á él y le dijo : « He perdido un hijo en la guerra : » me queda solo otro, y he andado sesenta millas » para venir á ofrecérosle por la patria; » Paoli se sintió pequeño y humillado al lado de esta mujer.

. . . . . Fastosa
Andarne più qual di più figli è priva.
Donne son quelle e cittadine e madri (*).

Aun no se han olvidado los nombres de Domingo Rivarola, que yendo á combatir por Córcega, encerraba casi por sí mismo á sus dos hijos en las cárceles de Génova; ni de Juan Pedro Gaffori, que sitiando á la ciudad de Corti, vió en la muralla á un hijo suyo de catorce meses que le habian arrebatado con la nodriza, expuesto á las balas de los suyos; y él, su padre, mandó á sus aterrados soldados que no suspendiesen el asalto, y venció y recobró (Dios lo quiso) á su hijo sano. Mas admirable me parece aun la firmeza de aquel Reinuccio de la Rocca, que á principios del siglo XVI, miéntras estaba en parlamento tratando de los asuntos de la patria, vió á su hijo, jóven de catorce años, arrastrado por el caballo enfurecido, clavarse la pica del escudero y caer muerto; el padre, teniendo bajo sus ojos el helado cuerpo de su hijo querido, siguió tratando de las cosas de la patria con el pueblo convocado, renovando en aquella inculta isla el celebrado ejemplo del piadoso Jenofonte.

Menores pruebas de firmeza, pero tambien memorables, son las siguientes. Un Corso vió caer á su lado á su hermano; recogió el cadáver, le llevó á la iglesia, oró per él, le abrazó y volvió á pelear. Ángel Mateo Lusi, capitan de Paoli en la primera guerra, en la segunda, tomada ya por los Franceses Biguglia, se encerró en una casa y quiso resistirse con doce de los suyos, á pesar de su ancianidad y de lo débil que tenia la vista; pero una bala le arrebató la vida, y entónces su hijo Orso Andres, que ántes habia tratado de disuadirle de aquella desigual pelea, para no desanimar á sus compañeros, coge en brazos el cadáver, le encierra en un cuarto como para quitar del peligro al viejo herido, esconde la llave, empuña el fusil ensangrentado de su padre, y se resiste heróicamente hasta que oyó desde el monte la amiga cornamusa que le anunciaba socorro; entónces salió con sus doce, persiguió á los Franceses, los derrotó y volvió á enseñar á sus parientes y á las mujeres el cadáver de su padre; y las mujeres y los parientes le lloraron, consolados, sin embargo, porque su muerte habia salvado al pueblo, y todo el pueblo honró sus exequias inclinando las banderas vencedoras ante el cadáver. Este Orso Andres fué el primero que en su tierra cultivó el maíz, hombre digno de beneficiar con artes de paz la tierra que fecundó con la sangre.

Á un capitan frances que amenazaba á los Corsos diciendo : *Haré tocar los tambores,* le replicaron : *Y responderán nuestras cornamusas desde el monte.* Aunque esta respuesta es ménos soberbia que aquella, para siempre memorable, del Florentino, porque este señalando las campanas hacia levantar la vista á los enemigos, y elevaba los pensamiento de los suyos, resucitaba en una palabra las glorias y las esperanzas de Italia; pero sin embargo es una buena respuesta digna de valientes. Eran, en efecto, valientes, no por vanidad, ni porque supieran que la historia pensaria en ellos, ni porque creyesen que hacian nada mas de lo necesario para cumplir con el deber y con la invencible necesidad de su alma. Un Frances, admirado de tanto sufrimiento sin compensacion alguna, preguntaba : « ¿Pero qué hacéis cuando estáis heridos? ¿qué » hacéis sin médicos y sin hospitales? — *Morimos.* » — Otro herido de muerte escribió á Paoli : « General, os » saludo. Os recomiendo á mi anciano padre. Dentro » de dos horas estaré con las almas de los que han » muerto por la patria. »

(*) Fastuosa, andar mas la que de mas hijos se ha visto privada, mujeres son aquellas y ciudadanas y madres.

Estas costumbres y estos pensamientos eran armas que convertian en un vano ruido el estruendo del cañon enemigo. Así no es extraño que Clemente Paoli, sitiado en Turiani, no se rindiese con unos pocos Corsos, á pesar de haberse disparado contra él siete mil cañonazos y mil bombas genovesas; no es extraño que diez mil imperiales creyesen una empresa desesperada el sujetar á aquellos rebeldes; no es extraño ver combatir ciento contra mil, y que cincuenta derrotasen á tres mil. En el campo del Loro, veintiun pastores que descendian al llano para invernar, fueron atacados por ochocientos soldados de Ayacio y los rechazaron; pero otros cuatrocientos que acudieron en barcas por la espalda, les cercan en las lagunas, y ellos mueren combatiendo generosamente, excepto uno, que escondido entre los cadáveres y cubierto de sangre, esperaba salvar la vida. Cuando iban á cortarle la cabeza, pidió misericordia, y el capitan le perdonó; pero el comisario fué ménos piadoso, pues mandó colgar á su cuerpo seis cráneos de sus compañeros, le hizo ahorcar, descuartizar, y colgar de las murallas sus restos ensangrentados.

Tambien debemos hacer mencion aquí de otro acto de valor, en que no se sabe quién fué el vencedor, ni quién el vencido; lo cual honra igualmente á ambos. El capitan Casella, rodeado de Franceses en la torre de Nonza, y resuelto á combatir desesperadamente, y en último caso á volar las murallas y quedar sepultado en sus escombros, fué abandonado una noche de sus pocos soldados, aterrados ante aquel inútil valor. Entónces pensó resistirse él solo; apuntó el cañon; colocó en algunas troneras los fusiles, y disparó dando varios gritos y animando á los lejanos compañeros. Los Franceses, humanizados, entraron en capitulacion y consintieron á Casella que saliera de la torre con la guarnicion, con armas y bagajes, las banderas y un cañon, con los honores de la guerra, dándole caballos para que llevasen el cañon y los bagajes. Entónces salió Casella entre dos filas de Franceses, armado con espada, fusil y dos pistolas; y otros dicen que apoyado en una muleta, porque no le permitian sostenerse bien sus antiguas heridas, él que estaba acostumbrado á sacarse las balas de la carne con el puñal. El capitan frances, despues de haber estado esperando un rato á que saliese el resto de la guarnicion, al ver que toda ella se reducia á Casella, se lanzó á él como si le hubiera engañado, y ya el viejo desenvainaba la espada cuando acudió el conde Grandmaison, hizo arrestar al capitan, estrechó á Casella la mano, y le envió escoltado á Paoli con cartas de una cortesía respetuosa.

Para estos combatientes debia ser una cosa peor que la muerte la fuga, peor que una cárcel la rendicion. Cuéntase que un viejo de setenta años iba perseguido por un húsar á caballo, el cual al herirle dejó escapar la espada de la mano; el viejo la tomó, y al inclinarse el húsar para cogerla, le cortó la cabeza á cercen. Cuéntase tambien de otro Corso, que viendo rendirse á muchos de los suyos, le dió tal sentimiento que estuvo encerrado en su casa cuatro años hasta que murió, y quiso ser enterrado en sitio desde donde no se viese la tierra en que habia presenciado tal deshonra. El cadávar de un Corso que habia desembarcado en compañía de los Genoveses y habia muerto, estuvo por espacio de veinticuatro horas sobre un catafalco, como sobre un patíbulo, desde allí fué llevado vergonzosamente por la ciudad y despues arrojado al mar, como indigno de reposar en el seno de la tierra patria; ¿qué extraño es que estos hombres aborreciesen las viles delaciones? Cuéntase de un pastor que por haber descubierto con un gesto dos desertores á la fuerza que los perseguia, y haber recibido en pago algunas monedas, sus parientes le llevaron bajo los muros de Ayacio, y al mismo tiempo que morian los dos desertores, le mataron, habiéndole mandado confesar ántes á un sacerdote, á quien dieron el precio de la traicion, para que se lo volviese al que lo habia dado. Aborrecian la delacion, aun de aquellos mismos actos que censuraban fuertemente y por cuyo motivo rompian las antiguas amistades.

No es extraño que tales hombres se resistiesen á las promesas y adulaciones de Génova, la cual comprando algunos pocos ambiciosos ó difamados, engañada por su jactancia, creía tener ya bajo su dominio la isla entera : credulidad comun á todos aquellos, ya sean amigos de la libertad, ya enemigos, que no conociendo el país juzgan de él por cartas engañosas ó por relaciones imprudentes, ó por los propios y ciegos deseos. Propusieron á un Corso encerrado en las cárceles de Génova la libertad con tal que sirviese á Génova, y el Corso respondió : « Aceptaré la libertad » para ir á combatir contra vosotros. Pero no; porque » mis hermanos no me creerian libre, sin mancha; » me tendrian por traidor; » y se quedó en la cárcel. Cuando Alerio Matra se atrevió á escribir á Juan Cárlos Salícite que se separase de Paoli, Salícite hizo quemar públicamente la carta por mano del verdugo. Entre las mas bellas victorias de Paoli se cuenta que cuando el enviado de Génova tuvo que volverse sin poder hablar á uno siquiera de los Corsos rebeldes, el general salvó al Genoves de la ira popular. Así tambien cuando Roma para romper una paz vergonzosa pactada por su capitan con los Corsos, le puso en manos de sus enemigos para que le matasen creyendo librarse con este acto cruel del cumplimiento de lo pactado, los Corsos desdeñándose de manchar sus manos en aquella sangre, volvieron á enviar al Romano como una viva reconvencion á los suyos, que le dieron muerte.

En 1769 dieron los Corsos que militaban bajo las banderas de Francia inolvidables ejemplos de esta religion patriótica; á la señal de embarcarse para combatir contra sus hermanos, los oficiales pidieron su licencia inmediatamente, y todos los soldados se negaron á dar un paso; y el gobierno frances tuvo que respetar avergonzado aquella noble desobediencia. Uno de aquellos oficiales se llamaba Marengo, y en su familia habia habido un Antonio que habia sido ajusticiado en Génova el año 46 como reo de amor patrio. Y como en los nombres hay algo misterioso y fatal, Buonaparte, jóven entonces, al recordar este acto de Marengo elogiándolo, no preveía cuán memorable sería para él, para la Francia y para el mundo entero aquel nombre. Del mismo regimiento corso eran los soldados que por aquel tiempo acudieron á salvar de las llamas á la demasiadamente italiana ciudad de Aviñon; y despues rehusaron algunos centenares de luises que les ofrecieron los ciudadanos, diciendo que los distribuyeran entre los pobres á quienes habia causado pérdidas el incendio. Este es el pueblo que Pommereuil llama feroz, medio bárbaro, acostumbrado al crímen; así como Thiers llama al reino de Nápoles país bárbaro y salvaje á la Romanía.

Cuando los Franceses pensaron satisfacer la insaciable vanidad de algunos de los principales de la isla, y creando nuevas desigualdades en aquella pequeña familia, preparar al rey un dominio mas fácil, muchos presentando sus títulos, pidieron al nuevo señor este signo de esclavitud; pero apénas tuvieron ocasion para temer que los descendientes del matador de Sampiero pidieran la nobleza, todos unánimemente protestaron que no querian aquel honor si le habian de compartir con un compañero semejante, y sintieron el rubor que habria sentido el hijo de Sampiero al tener que vivir en compañía del traidor Miguel Ángel.

Otras muchas pruebas recibieron los Franceses de la generosidad corsa apénas llegaron á la isla. Cuando Nicodémus Pascualini, de Postino, hombre de fama, desembarcó sin armas ni dinero para revolucionar á Niolo (algunos dicen que fué mandado por Paoli, pero por el contrario, Clemente lo desaprobó), frustrado el plan se presentó vestido de mendigo á Sántos Domi-

nici, de Luri, y le pidió hospitalidad por una noche. Santos le abrazó y le tuvo oculto dos meses hasta que pudo embarcarse con seguridad. Marbœuf lo supo, llamó á Dominici y le llenó de improperios y amenazas; pero cuando le oyó confesar el hecho y alabarse de él y decir que su puerta no estaria nunca cerrada á la desgracia, y que la virtud hereditaria de la hospitalidad sería siempre una herencia muy querida de los Corsos, Marbœuf, no ya juez, sino humillado, se conmovió y tendió su mano al generoso huésped. Del mismo modo cuando el valiente Astolfi era condenado con algunos centenares de compañeros á los trabajos mortíferos de Tolon por el infame bárbaro Sionville, el coronel Casabianca se opuso á la furia de este, diciendo: *Condenadme á mí con ellos.* Bárbaro le llamo, porque entregaba al saqueo y á las llamas las casas, degollaba los rebaños, y acompañado del verdugo señalaba con el dedo los árboles en que debia ahorcar á los pobres infelices de Niolo, tan memorables para Paoli; diciendo: *Este puede sostener uno, este dos.* Encorvaban (así se cuenta) várias ramas y despues de haber atado á ellas los miembros de los desgraciados, las soltaban y al recobrar su primera posicion eran descuartizados.

Una accion mas despreciable, sino mas atroz, cometió Marbœuf contra el valiente Abbatucci. Marbœuf le habia cobrado ódio tanto por su amor á la patria y porque se le creía autor de una carta ardiente dirigida á la Asamblea de los Estados, como porque habiéndole tenido un dia en la antecámara esperando mucho tiempo miéntras estaba en conversacion con Leticia Ramolino, dijo de él algunas cosas muy severas: así lo cuentan algunos, y en Córcega es muy vulgar la creencia, injusta á mi parecer, de que despues del año 70 se habia enamorado Marbœuf de Leticia. Lo cierto es que Abbatucci, teniente coronel, noble, de buen ingenio, diputado de Ayacio, fué acusado por testigos falsos (plaga de la Córcega) precisamente de haber sobornado testigos, y condenado á galeras y á ser marcado. Tres Franceses y un Corso le condenaron; tres Corsos le absolvieron en vano; en vano tambien intercedieron cinco obispos y los diputados todos de los Estados de Córcega, pidiendo á lo ménos que conmutasen la cadena y el remo en el destierro, en la cárcel ó en la muerte. El dia que se celebró la infame ceremonia en Bastia, estaban cerradas todas las tiendas y las ventanas, y en las desiertas calles solo se veían soldados que no eran de Córcega. El verdugo hizo que ponia el hierro ardiendo en la espalda de aquel valiente, pero no se atrevió á tocarle; un consejero que estaba detras de los soldados le gritó: *Haz tu deber;* y el verdugo extendió el brazo como para dar la marca al consejero y cederle su vil oficio.

Si el verdugo en Córcega siente pudor y humanidad, bien se puede creer que el ladron puede tener el sentimiento de la justicia. Un Frances dejó en casa de un salteador de caminos en Bocognano 4,000 francos y los volvió á encontrar en su mismo sitio; porque la hospitalidad es sagrada para el ladron. Un bandido encuentra en un camino desierto extraviado al juez que le habia condenado y le enseña el camino y se descubre á él y le dice: *Me habéis condenado justamente, no os tengo rencor.* El conde de Cursay iba á condenar á un soldado que habia estado de centinela, como cómplice de la fuga de un bandido que se habia escapado de la cárcel; entónces los parientes del bandido le obligan á volver á su calabozo, y él vuelve fielmente, y el juez en premio lo perdona. Esta accion me recuerda otra mas antigua y mas memorable de Aquiles de Campocaso; perseguido este y no pudiendo ser habido, el juez mandó prender á treinta de su familia y les amenazó, si no le denunciaban, con el suplicio. Uno de ellos le respondió: *Preparad el suplicio.* Pero Aquiles para libertarlos se condenó á sí mismo al destierro. No solo desafiaban los Corsos la muerte en el campo, sino en el patíbulo, muerte que exige una especie de valor mas difícil, porque en ella no embriaga al hombre el calor del combate, ni le aturde el ruido, ni le incita el ejemplo. Por el contrario, algunos, despues de haber tranquilizado su conciencia con los actos religiosos, rogaban que se apresurase el suplicio, y miraban tranquilamente los preparativos, intrépidos hasta lo último sin esa jactancia que suele ser á veces la marca del temor.

Todas estas cosas referidas por mí, como acostumbro, segun el órden de las ideas no de los tiempos, demuestran que la opinion comun de la nacion era la que dirigia los actos é inspiraba al lenguaje de Paoli; porque solo es grande en el gobierno y en la elocuencia aquel que sabe conformarse con el sitio y el tiempo en que vive, aquel que sabe comprender y adivinar fácilmente las nuevas necesidades, conciliarlas con las opiniones antiguas y con las necesidades eternas de la naturaleza humana, y manifestar de palabra y con el ejemplo los medios eficaces de satisfacerlas virtuosamente. Los grandes hombres mas bien que mandar, obedecen, mas bien que enseñar, aprenden, mas bien que crear, combinan; pero con la potestad que les da Dios de combinar las ideas, las voluntades, las fuerzas dispersas, mandan, enseñan y crean...

Rousseau, con aquel solícito amor que nos hace cara toda noticia de los hombres célebres, deseaba saber en qué escuela habia aprendido Paoli el arte de la guerra. Pero este arte, como todos aquellos que ejercen una gran influencia sobre la multitud, es instinto é inspiracion: lo que pertenece verdaderamente al arte, no debemos creer que no lo pudiese aprender en Nápoles, aunque no se fundó el colegio militar hasta el año de 1756.

Las virtudes cívicas de Washington y de Paoli son superiores á las alabanzas que su ciencia militar le valió de Federico de Prusia, el primer capitan de Europa; porque Federico, como juez autorizado que era, medía la ciencia militar, no por el número de las vidas perdidas, sino por la sangre economizada; no por el brillo de la ciencia, sino por la habilidad en aplicar las reglas del arte á la naturaleza de los lugares; no por el número de las fuerzas puestas en movimiento, que hace con frecuencia perder mucha parte del mérito, sino por la magnitud de las dificultades superadas con pequeños medios. No debe parecer extraño que yo una los dos nombres de Paoli y de Washington... á uno y otro les sostiene la lealtad, la constancia, la imperturbabilidad en los peligros, el amor al órden, la sobriedad, la moderacion, la sencillez en sus obras, el desprecio de la utilidad privada, la piedad hácia Dios, la elocuencia eficaz, el noble comportamiento. Washington veinte años despues de Paoli rechazaba el mando supremo; y creo sincera en uno y en otro la resistencia, porque quiero creer siempre lo mas digno en todos los hombres, pero especialmente en los hombres célebres.

Washington llevó por el camino de la libertad á una gran nacion, que tenia su fuerza en su número, en la extension de sus confines, en el desierto de los bosques, en el desierto de las aguas aun no atravesadas por el vapor, vencedor del espacio y pacificador de la tierra; á una nacion de espíritu mas tranquilo, de odios ménos inveterados, y propia por su naturaleza y sus costumbres para la disciplina civil y militar. Así, pues, si la fama y los resultados fueron mucho mayores en América, las dificultades, y por lo tanto el mérito, eran mucho mas grandes en Córcega. Prescindiendo de que Paoli tenia que ser legislador y capitan, juez y padre, libertador y civilizador; debia impulsar á los ánimos y contenerlos; ser por decirlo así, un O'Connel gobernador y guerrero. Tenia que reprender para que no se excediesen en la soberbia ó en la ira aquellos valientes de quienes al mismo tiempo tenia necesidad para vencer, y hacía esto sin

cuidado; tal era la fe en la buena intencion tanto suya como de los Corsos.

No miraba como hombres perfectos aquellos que no sirven mas que para la guerra; queria que aun en tiempo de guerra estuviesen ocupadas las milicias, porque tenia miedo al ócio, y temia la avidez del soldado mas que su mismo miedo. Si hay alguno que cree á Pommereuil que habla de las crueldades de los Corsos, como por ejemplo, el echar á un hombre vivo al fuego y sacarle despues y volverle á poner como si fuera un tizon, crea tambien al que dice que los Franceses al uso turco aserraron vivo á un Corso. Tales atrocidades fueron muy raras tanto por una como por otra parte, y de seguro no fueron ordenadas por Paoli.

Paoli se lamenta de que los Corsos no sepan sujetarse á una disciplina regular y den al enemigo ocasion de derrotarlos por su poca disciplina, pues por lo demas no podrian hacerlo. Pero siguiendo su buen instinto de confianza liberal, dejaba á los gobiernos de las provincias lejanas la facultad de dirigir oportunamente los movimientos. Sé muy bien que esto parecerá una libertad muy peligrosa á los hombres amigos de la centralizacion, que quisieran imprimir con un telégrafo eléctrico en el ánimo á millones de súbditos sus respetables mandatos. Yo, sin embargo, no quiero creer que la perfeccion de la civilizacion consiste en convertir á los hombres en máquinas; por el contrario, creo que consiste en dar á aquellas operaciones humanas que se hacian casi mecánicamente el valor de la eleccion, la luz de la prevision, el mérito del sacrificio. Y si en esta variedad hay algun desórden, del mismo desórden nace al fin un órden mas ámplio y elevado. Paoli en este punto parece que no creía nunca ser demasiado liberal, y mandaba á sus súbditos que no dependiesen de su mando, y en lo recio del peligro escribia: *Si caemos, será por falta de jefes que guien á los pueblos:* palabras que serian una grave reconvencion á su gobierno, si él ántes de aquel momento hubiese temido que sus inferiores adquirieran autoridad sobre el pueblo; pero siendo las cosas como yo las he expuesto, estas palabras memorables prueban que si la Córcega fué vencida por los Franceses, fué porque no hubo hombres capaces de inspirar al pueblo la fe que le inspiraba Paoli. No pudiendo este hacerlo todo por sí, lo que él no hacía directamente, ó no llegaba á concluirse, ó tenia un resultado contrario al que se proponia. El mismo Dumouriez confesaba que si Paoli hubiese encontrado cuatro ó cinco jefes dignos de él, y si la ambicion, la codicia y la envidia no hubiesen corrompido los ánimos de algunos Corsos traidores, la Francia no habria vencido.

Pommereuil por otra parte confiesa la destreza de Paoli para aprovecharse de la menor ventaja que le daba el enemigo. En los movimientos tenia secreto y prontitud; y es muy notable la seguridad con que distinguia si los del enemigo eran reales ó fingidos; no se cuidaba ni en la guerra ni en la paz de esos pequeños engaños en que tantos quedan presos queriendo evitarlos. Dirigia todas las operaciones por sí mismo: no se mezclaba en el combate; y esto no por temor, ¡porque una nacion guerrera no hubiera sufrido un jefe cobarde!....

Es una prueba de la activa prevision de Paoli la marina formada en tan poco tiempo y que causó al enemigo grandes pesares, y ventajas no pequeñas á la patria. Sabía Paoli que los Corsos desde muy antiguo habian combatido con gloria tambien en guerras navales. Conocia que para cumplir el destino que les dió la naturaleza, debian ser como los Ingleses al mismo tiempo marineros, agricultores, comerciantes, guerreros. Si le hubieran dejado tiempo, habria aumentado las fuerzas navales y podido, segun el consejo de Napoleon, fundar nuevas poblaciones en todo el país que se extiende á lo largo de la costa. Un capitan llamado Lázaro Costa en cuatro años recibió treinta y ocho heridas, se apoderó de 2.000,000 de fr.; en una sola semana en diciembre de 1768 tomó dos naves, una cargada de fusiles y 384 barriles de pólvora, y otra de 64,000 francos y municiones de guerra.»

TOMMASEO.

(C) pág. 47.

DE LA LITERATURA FRANCESA.

En los mejores tiempos del reinado de Luis XIV todo estaba predispuesto al órden; el genio se refrenaba á sí mismo, y la modestía aparecía como compañera inseparable de la gloria. En las letras la autoridad de los antiguos, en las investigaciones metafísicas y en la moral la autoridad de los escritos sagrados, en política la autoridad de un rey excesiva; pero sinceramente admirado, prohibian al pensamiento aquellos asuntos que no puede examinar sin peligro, y estos límites en vez de excitar quejas, eran respetados. El campo que quedaba á la fantasía, parecia bastante extenso, y una razon madura y profunda ayudaba á cultivarlo. El arte en el cual sobresalian eminentemente algunos, no era desmesuradamente elogiado. Ninguno creía haber hecho demasiado por la felicidad social con sus propios escritos, ni se dudaba tampoco que la doctrina de los sabios tuviera gran influencia sobre el destino de las naciones.

Los Franceses confiaban enteramente en Luis XIV, en Turena, en Condé; para asegurar y aumentar su gloria exterior, ningun escritor se creía obligado á manifestarse agradecido á los beneficios del gobierno con juicios acerca de la hacienda. Las maravillas del arte aumentaban el prestigio que dan las grandes empresas y las obras maestras de literatura. La religion no habia sido nunca tan majestuosamente proclamada; nunca se habian hecho mas esfuerzos para ponerla de acuerdo con la razon humana. Bossuet, Pascal, Arnauld, Bourdaloue, habian restaurado y rejuvenecido este antiguo edificio, conservando cuidadosamente su augusta forma, y poderosos en sabiduría y en la observacion, habian hecho de la moral evangélica sábias y extensas aplicaciones. No se creía que hubiese mas puntos sujetos á discusion que aquellos sobre que disputaban Arnauld con Claudio y los Jesuitas con Arnauld. El entusiasmo de la gloria y del amor se unian para engendrar el entusiasmo religioso, porque uno y otro cuando han perdido sus ilusiones, imploran el auxilio de la piedad: hombres ambiciosos, mujeres que habian sido esclavas de las pasiones, santificaban su arrepentimiento; madama de Longueville terminaba sus dias en la penitencia, y el cardenal de Retz se sepultaba en la soledad. Luis XIV sabía reconocer la superioridad de Racine y de Boileau en materia de gusto; pero Racine y Boileau no se atrevian á pensar en materia de fe, sino como sus doctos amigos de Port-Royal. Habia libertinos mas bien que incrédulos. El escepticismo, á decir verdad, principiaba á manifestarse en algunas sociedades entregadas á los placeres; pero los *espíritus fuertes* de aquel tiempo, léjos de aquella ardiente astucia ó de aquel orgullo que multiplica los prosélitos, eran indolentes y temerosos. La severidad de la religion moderaba la viveza y elegancia de la corte: el *Lutrin* se publicaba bajo los auspicios del presidente Lamoignon, y el *Tartufe*, eterno látigo de la hipocresía, era protegido por el rey, que posteriormente se vió obligado á crear el dominio de los hipócritas. Los descubrimientos científicos no turbaban aquella dichosa calma. Dominaba el cartesianismo. Espinosa habia abusado de este sistema hasta convertirle en fundamento del ateísmo; pero muy pocos eran los Franceses que se habian tomado el cuidado de profundizar estas terribles doctrinas entre los complicados razonamientos y el oscuro